

autor con los lectores de retratar a la cigarrera, invita a una de ellas a que se preste para tal disposición, a lo cual ella le contesta:

«—¡Toma, misté que ley!... ¿Pa qué pusieron ese rétulo?... Escriba osté.

—Pero, hija mía, si yo no sé nada de lo que hacéis en la fábrica...

—Cigarros.

—Sí, ya lo sé; pero...

—Vaya, dejémonos de requilorios, y agur; quédense las probes cigarreras con su aquel y su fábrica, y póngase osté a sacar romances de su cabeza, que lucío quedará con el oficio... En una guardiya al par de la mía murió un señor hace poco de hambre purita... También era así como osté, muy estirao y too lo sacaba de la cabeza. ¡Más maldiciones le tié echáas mi Curro el cajista, porque le emborrnaba los papelotes que le triba la emprenta, ¡que ya!... «Así está osté espiritao», le decía yo cuando me recrebaba...

—Sí, todo eso está bien; pero yo quiero que mis lectores sepan la vida y milagros de la cigarrera más bonita y...

—¿Sabe osté lo que es...? Que sí, ¡bonita! Como me lo voy creyendo... Vaya osté con esas andróminas y esos papelones a los ciegos, que aquí no cuela. Güen papel haría yo entre tantas señoras como dice osté que hay en ese libro.

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿No eres tú honrada como el ama del cura, y...

—¡Calle osté, generoso!... ¿Cómo el ama del cura?... Y más que todas las marquesas de meriñaque... ¡Vaya un re... Dios! Probe, sí; pero honraa, como denguna»<sup>15</sup>.

La presentación de la manola irá precedida de la utilización del vulgarismo; lo mismo hará en el artículo titulado «El hortera»<sup>16</sup>, en que el autor describirá su comportamiento y postura con un lenguaje plagado de vulgarismos. La impaciencia y el genio vivaz de la manola atemorizan al comerciante de telas, que no había notado su presencia y acude solícito cuando ésta le dirige la palabra:

«—¡Oiga usté, don Cachucha! ¿Sabe usté que mi monea es tan rial como la de cualquier señorona, y que tengo dos onzas en el bolsillo y algunas más en casa para sacarlo a usté de probe?

¡Alsa, Manola!

¡Quiá!... Si me llano Juana, ¡so escocío!; si no tié usté más gracia con las usías, está aviao»<sup>17</sup>.

Podríamos recoger innumerables párrafos a lo largo de toda la producción literaria de Flores que corroborarían nuestra idea de situarle

<sup>15</sup> Id., íd., tomo II, pág. 327.

<sup>16</sup> Id., íd., tomo I, págs. 178-184.

<sup>17</sup> Id., íd., tomo I, pág. 182.

en aquel conglomerado costumbrista como el único escritor que alterna su preocupación por la pintura detallada del ambiente y tipos populares, con la atención esencial que presta a las distintas variedades idiomáticas. Ya no es el mero observador que recoge o describe un tipo determinado o un panorama urbano, sino también el escritor que presta al lenguaje dialogal una función literaria muy próxima a la que hoy llamaríamos socio-lingüística.

La serie de voces de germanía, vulgarismos y gitanismos que observamos indistintamente en sus colaboraciones en las principales publicaciones periódicas de la época y en sus obras *Doce españoles de brocha gorda*<sup>18</sup> y *Fe, esperanza y caridad*<sup>19</sup>—la primera de ellas estudiada brevemente, pero con gran acierto, por M. Ucelay Da Cal<sup>20</sup>; la segunda, pieza imprescindible para el estudio de la novela de folletín—preparan el camino para la elaboración de su última y gran obra costumbrista: *Ayer, hoy y mañana*. La crítica del momento se deshace en elogios al aparecer *Doce españoles...* El mismo *Semanario Pintoresco Español* destaca que se trata de una obra llevada a cabo «con un lenguaje castizo y estilo festivo»<sup>21</sup>, calificando la exactitud de las descripciones y la facilidad y agudeza de estilos como admirables. La recopilación y variedad de voces que aparecen en la obra citada pueden dar una clara medida de la intención de Flores: «fundiendo»<sup>22</sup>, «peñascaró», «leche de viejas»<sup>23</sup>, «perdis»<sup>24</sup>, «rebatifña»<sup>25</sup>, «andorga»<sup>26</sup>, «tripicalleros»<sup>27</sup>, «tunarras»<sup>28</sup>, «vivaque»<sup>29</sup>, «pistrinas»<sup>30</sup>, «guindilla»<sup>31</sup>, «tordas», «ja-

<sup>18</sup> ANTONIO FLORES: *Doce españoles de brocha gorda que no pudiéndose pintar a sí mismos me han encargado a mí, Antonio Flores, sus retratos*. Novelas de costumbres contemporáneas, 2.ª edición, Madrid, 1848.

<sup>19</sup> ANTONIO FLORES: *Fe, Esperanza y Caridad*, Madrid, 1850.

<sup>20</sup> MARGARITA UCELAY DA CAL: *Estudio de un género costumbrista. Los españoles pintados por sí mismos*, México, 1951.

Vid. también R. BENÍTEZ CLAROS: *Antonio Flores. Una visión costumbrista del siglo XIX*, Santiago de Compostela, 1955.

<sup>21</sup> *Semanario Pintoresco Español*, año 1848, núm. 41, págs. 324-325.

<sup>22</sup> ANTONIO FLORES: *Doce españoles...*, capítulo II, pág. 17. La voz «fundiendo» equivaldría a «robando».

<sup>23</sup> Id., id., capítulo II, pág. 21. «Peñascaró», germanía que viene a significar «aguardiente». El personal alude a una botella de «peñascaró», legítima «leche de viejas de la fábrica de San Cayetano».

<sup>24</sup> Id., id., capítulo II, pág. 25. Uno de los personajes alude a otro llamándole «perdis», persona entregada a los vicios o a la inmoralidad. Empleada a veces con el significado de «calavera».

<sup>25</sup> Id., id., capítulo II, pág. 26. En germanía, y por etimología popular, robar algún objeto de forma precipitada.

<sup>26</sup> Id., id., capítulo V, pág. 56. «Andorga» equivaldría a «vientre», «estómago».

<sup>27</sup> Id., id., capítulo V, pág. 56. «Pertenece al gremio de los tripicalleros.» Persona que vende callos.

<sup>28</sup> Id., id., capítulo V, pág. 56. «Tunarra», «tunante»; usado casi siempre con intención afectuosa. Algunas veces como insulto.

<sup>29</sup> Id., id., capítulo VI, pág. 83. «Primero voy a la cárcel que al vivaque.» Sobre esta voz existe una nota aclaratoria realizada por el propio autor: «En la guardia del Principal, casa de Correos, hay una especie de calabozo llamado «vivac», donde se deposita interinamente los presos de las calles de Madrid por quimeras, robos, embriaguez, etc., para pasarlos después a las cárceles o darles libertad si los delitos no son de gravedad».

<sup>30</sup> Pesetas, capítulo XII, pág. 148.

<sup>31</sup> Id., id., capítulo VII, pág. 85.

ras» y «ojos de buey»<sup>32</sup>, «patulea» y «gente enlutada»<sup>33</sup>, «coracero»<sup>34</sup>, «chulé», «durandartes» y «pitoches»<sup>35</sup>, «buchí»<sup>36</sup>, etc.

Pero tal vez sea la pérdida de *d* intervocálica en el masculino de los participios, sobre todo de la primera conjugación, adjetivos y sustantivos terminados en *ado*, el rasgo más característico del lenguaje de Flores; voces como: «colorao», «acabao», «estírao», «honrao», «llevao», «nacío». Pérdida que si es normal, tanto en la lengua popular como en la familiar, no lo es cuando se realiza en las formas en *ada* y en los diminutivos, considerándose, en estos casos, como rasgo propio del habla vulgar. Una tendencia léxica paralela sería la presencia de gitanismos. Ya Manuel Seco apuntaba a este respecto que «uno de los ingredientes más frecuentemente señalados en el habla popular madrileña es, sin duda, el flamenco. El flamenquismo, esto es, el influjo cultural de lo gitano andaluz, atestiguado literariamente desde los tiempos de Cadalso y Jovellanos, abarca todo el siglo XIX y penetra aún vigoroso en el XX. La época de auge tal vez sea la Restauración»<sup>37</sup>.

Párrafos como el que transcribimos a renglón seguido denotan la misma finalidad:

«Por mucha que sea tu 'cencia', 'chavó', es más mi 'esperencia', y cuando tú vas, yo vengo...

Lagarto eres; pero yo no soy rama... y tú me entiendes y me conoces y... está dicho 'too'...

Valiera más que no 'jueras' tan 'desembozao' en ocasiones y tan 'escuro' en otras..., pero te he dicho que me das pena, y voy a sacarte la criatura del cuerpo... Si tú 'abillas' un 'nacío' que te 'precore' el paradero de esa chica que olfatea, pierdo yo el nombre que tengo»<sup>38</sup>.

En este fragmento pueden verse gran parte de las variantes idiomáticas utilizadas por Flores. El lenguaje de germanía vendría representado por la voz «chavó», y los vulgarismos, por «cencia», «esperencia», «too», «jueras», «desembozao», «escuro», «nacío» y «precore».

<sup>32</sup> Id., *id.*, capítulo XII, pág. 148. «Onzas de oro».

<sup>33</sup> Id., *id.*, capítulo XII, pág. 148. «Moneda de cobre».

<sup>34</sup> Id., *id.*, capítulo IX, pág. 120. «Coracero», voz utilizada por el hampa para designar un tipo de cigarros que vendía el gobierno a cuatro maravedises. Y en general toda labor tabacalera de mala calidad liada en una hoja dura como una coraza.

<sup>35</sup> «Pitoches», «chulés» y «durandartes» equivalen a «duros». Estos como los nombres de monedas citados anteriormente, pertenecen al léxico de germanía observado por Flores en las salas de juego.

<sup>36</sup> Id., *id.*, capítulo XII, pág. 164. La palabra «buchí» aparece con anterioridad en los siguientes versos de *El diablo mundo*, de ESPRONCEDA, Biblioteca Universal, tomo XIX, Madrid, 1882, página 107:

*¡El chaval! ¡El chaval!, decía entre sí.  
Meterle mano, que mejor gazapo  
No ha regalado el Libano al Buchí.*

La explicación que ofrece es la siguiente: «Libano» equivaldría a «escribano», y «Buchí», a «verdugo».

<sup>37</sup> MANUEL SECO: *Arriches y el habla de Madrid*, Madrid-Barcelona, 1970, pág. 130.

Vid. también C. CLAVERÍA: *Estudios sobre los gitanismos del español*, Madrid, 1951.

<sup>38</sup> ANTONIO FLORES: *Doce españoles...*, capítulo XII, pág. 173.

En la reducción del diptongo tónico *ie* > *e* en las palabras «cencia» y «esperencia» ha influido la serie «asistencia», «excelencia», «potencia», «presencia», «providencia», «querencia». Este fenómeno es natural, ya que el lenguaje popular es fonéticamente poco conservador<sup>39</sup>.

El tipo especial de hiato constituido por una vocal repetida aparece con cierta insistencia en el lenguaje de Flores; tanto si la vocal gemela es tónica o átona, se produce la simplificación, como, por ejemplo, en *todo* > *too*. También es frecuente la evolución última de *todo* > *too* > *to*. El trueque de una labiodental fricativa sorda por una velar fricativa sorda—tal es el caso de «jueras»—no es lo más frecuente en este tipo de mutaciones, puesto que las consonantes más expuestas a cambio en posición inicial son las sonoras [*b*] y [*d*].

También puede notarse la disimilación de vocales iniciales: «escuro», «precura». Si bien este fenómeno opera, por regla general, dentro de unos límites muy estrechos, de tal suerte que la disimilación de la *i* acapara un porcentaje muy elevado en el léxico español<sup>40</sup>.

Ejemplos de metátesis se dan en especial la de alveolares, líquidas y vibrantes, como, por ejemplo, «probe»<sup>41</sup>.

Dentro de las alteraciones vulgares de consonantes iniciales aparece el conocido vulgarismo producto de la desnasalización:

«¡Señor!... La Constitución prohíbe que a *degún* ciudadano honrao se le allane la casa»<sup>42</sup>.

Todas estas variedades idiomáticas no se producen de forma aislada y como simple pretexto, sino como resultado de un profundo conocimiento de la savia popular. A este respecto podríamos señalar que el uso del refranero español es otra de las constantes de Flores, sobre todo en los cuadros del *Ayer, hoy y mañana*. Su familiaridad con el refranero—siempre puesto en boca del tipo popular—se hace patente en la mayoría de sus cuadros. Por ejemplo, en el titulado *La ciencia de la aldea* viene a ser una exposición de los distintos tipos de refranes mezclados con no pocos vulgarismos:

«—Agüela—dijo la muchacha, sentándose cerca de la tía 'Cicerona' en un apoyo de yeso que había junto a la puerta de la calle.

<sup>39</sup> V. GARCÍA DE DIEGO, en *Manual de dialectología española*, Madrid, 1959, registra «pacencia», «concenia», «experencia», «cencia», «comenencia»; MUÑOZ CORTÉS, en *El español vulgar. Descripción de sus fenómenos y métodos de corrección*, Madrid, 1958, cita «concenia», «comenencia», «pacencia» frente a «diferencia». En Flores aparece «cencia» con cierta reiteración. *Vid.* capítulo XII, pág. 167.

<sup>40</sup> García de Diego y Muñoz Cortés coinciden en que estos cambios fonéticos tienen sus raíces en los orígenes del idioma, conservándose con plena vitalidad en la lengua popular de todas las regiones.

<sup>41</sup> ANTONIO FLORES: *Doce españoles...*, capítulo XII, pág. 63.

<sup>42</sup> *Id.*, *id.*, capítulo VI, pág. 70; *ningun* (o) > *nengun* (o) > *dengun* (o).

—¿Sabe usted lo que dijeron esta mañana en la praza atento a la boda de la mayorazga?

—No lo sé, pero no me lo digas porque me lo figuro. Dirían que a casa vieja puertas nuevas, o que a buey viejo cencerro nuevo, y que pobreza no es vileza; pero yo digo que cada oveja con su pareja, y que si has de venir conmigo trae algo contigo, porque en casa de mujer rica ella manda y ella grita; y si en esa boda fuera el novio el que contará más Navidades que la novia, aún se podía decir que a galgo viejo echarle liebre y no conejo, porque eso de que la gallina vieja hace buen caldo no deja de ser un refrán sin sustancia»<sup>43</sup>.

Las descripciones, tanto física como del comportamiento de la «Cicerona»—protagonista del cuadro—están realizadas con gran acierto. A propósito de sus hábitos conversacionales, por ejemplo, el propio Flores apunta, haciéndose eco de una ilustre tradición, que dicho personaje tenía trazas «de no concluir de hablar hasta haber soltado todos los refranes de Juan de Malara, y aun los del comendador Hernán Núñez, y los de Blasco de Garay, con no pocos de los de Sancho Panza»<sup>44</sup>.

En los cuadros «Fandango y broma y arda la casa toda»<sup>45</sup>, «Al amor de la lumbre»<sup>46</sup> y «Los gritos de Madrid»<sup>47</sup>, bocetos que tratan de las festividades españolas, del tradicional brasero y de la publicidad de 1800, respectivamente, surgen de forma aislada los vulgarismos; unas veces será la misma criada quien cometa tal incorrección al dirigirse a sus amos; en otras, la transcripción de los gritos de vendedores vendrá a demostrar la importancia que Flores presta a todas estas variantes idiomáticas del lenguaje:

«Sin que el termómetro empezase a bajar, no se permitía que las manolas diesen el grito de 'ca qui hay arveyanas nuevas, arveyanas... como la leche, arveyanas fresquitas', ni menos que el burro manchego entrase cargado de ruedos gritando ¿ruedo?, ni que el palentino pregonara las mantas de Palen... quedándosele siempre atragantada la sílaba final. Era preciso que el cuarenta de mayo estuviese próximo para que el gallardo fresero (de cuya existencia nada se volvía a saber en todo el año) pudiera atravesar las calles anunciando su mercancía, ni menos que los toledanos se diesen por maduritos si aún estaban por madurar, ni las garrafales de Toro y de Arenas y las mollares, ni ninguna otra fruta, a cuyos primeros gritos también se consolaba el médico y se sonreía de gozo el boticario.

Cuando andaban los 'cebaos y gordos' por las calles, ya se sabía que estaba cerca el nacimiento del Hijo de Dios; nadie ignoraba que era día de vigilia al oír pregonar la 'espinaca como albahaca', y los de Jarama

<sup>43</sup> ANTONIO FLORES: *Ayer, hoy y mañana*, tomo I, cuadro XXIV, pág. 187.

<sup>44</sup> Id., íd., pág. 187.

<sup>45</sup> Id., íd., tomo I, cuadro LI, págs. 389-395.

<sup>46</sup> Id., íd., tomo I, cuadro LII, págs. 396-406.

<sup>47</sup> Id., íd., tomo I, cuadro LIV, págs. 411-418.

‘vivitos’, y para saber que había resucitado el Señor bastaba oír gritar ‘¡el medio cabrito!...’

A esas voces estacionales se juntaba el ‘i... qui... rabanú...’, reloj que marcaba perfectamente la hora del mediodía, y otro grito que no cesaba en toda la mañana, diciendo: ‘la sebera..., ¿hay algo a sebo que vender?...’, y el del hombre que compraba ‘trapo y yerro viejo...’, y el otro que decía ‘componer... tenajas y artesones..., barreños, platos y fuentes!’, grito que iba derecho a la conciencia de las fregatrices, pero más derecho aún al bolsillo de los amos; y ya se sabía que iba concluyendo la tarde cuando la aldeana de Fuencarral andaba de casa en casa diciendo: ‘¿quién me saca de güevera?’

El ‘amolaoor...’, tras el cual, por ser francés o parecerlo, solían ir siempre los muchachos gritándole aquello de ‘el carro español y el burro francés’; el ‘¡sartenerooo!’; el ‘santi boniti barati’, cuyos santos solían ser algunos perros de yeso, o las cuatro partes del mundo, o cosa por el estilo; el ‘rosariero’, que iba engarzando rosarios y vendía ratoneras y jaulas para grillos y otra multitud de voces que a todas horas estaban en el aire y que enumeramos por no ser molestos, eran los verdaderos ‘gritos de Madrid’<sup>48</sup>.

Esta peculiar «intención de estilo» aquí observada nos recuerda aquellas palabras de Blanco y García en el momento de enjuiciar la labor de Flores en las columnas del periódico *El Laberinto*: «Redactor y fundador de *El Laberinto*, allí aplicó sus aptitudes humorísticas a la descripción del pueblo bajo madrileño, mina que no había explotado bien *El curioso parlante* en sus *Escenas*, y curándose de todo miedo a las exterioridades repulsivas acomete la empresa de reproducir sin escrúpulos ni melindres las crudezas de la realidad»<sup>49</sup>. Sin lugar a dudas, el lema horaciano *satira quae ridendo corrigit mores* encaja perfectamente en la personalidad literaria de Flores; analizando y estudiando no solamente los diversos tipos más castizos del Madrid decimonónico, sino también transcribiendo con la mayor fidelidad posible los expresivos giros del habla madrileña.

Por otro lado, como ya afirmábamos al principio, nos interesa destacar otra nota distintiva del costumbrismo de Flores frente al de Mesonero y Larra. Sus alabanzas a los distintos tipos populares lo son propiamente a lo que él cree que hay en ellos de valioso y afirmativo dentro de lo genuino español, pues lo que estime moralmente torpe o de zafio y grosero gusto, por muy real que sea, por muy pintoresco que parezca, no le merece sino tratamiento satírico o clara censura. En *Manolos y chisperos o el Lavapiés y el Barquillo*—cuadro que nos recuerda *Los bandos del Avapiés o la venganza del Zurdillo*, animado boceto lleno de comicidad sobre las banderías de aquellos populares barrios

<sup>48</sup> Id., *íd.*, págs. 417-418.

<sup>49</sup> BLANCO Y GARCÍA: *Historia de la Literatura...*, Madrid, 1902-1912, pág. 345.